

ron un medio para acordar á las hospitalarias lo que él les habia rehusado. Habiendo muerto el cardenal Tencin, arzobispo de Leon, el 2 de marzo, le nombraron al instante por sucesor á M. de Montazet, obispo de Autun, con condicion, dicen, de que se prestaria con docilidad á las miras de la corte, y de que anularia como primado las prohibiciones pronunciadas contra las religiosas. El prelado, que precedentemente no habia mostrado semejantes disposiciones, y que habia parecido de una manera honorable en las asambleas del clero de 1750 y de 1755, consintió no obstante en este arreglo. El 8 de abril dió una ordenanza tal cual se deseaba, suprimió la de M. de Beaumont, y permitió á las hospitalarias proceder á sus elecciones. Esta conducta no tuvo la aprobacion de sus colegas : las asambleas provinciales que se tuvieron poco despues querian todas que se obligase á M. de Montazet á retractar su juicio. M. de Beaumont en particular reclamó contra este perjuicio causado á sus derechos, contra una ordenanza que animaba á la desobediencia y legitimaba la rebelion. Sus representaciones fueron poco escuchadas, y el favor de la corte, el apoyo del parlamento, los aplausos del partido, consolaron á M. de Montazet de los baldones de sus colegas, y lo pusieron al abrigo del disgusto de verse obligado á reformar él mismo sus ordenanzas.

1758.

—El 10 de febrero, declaracion de los pastores de Ginebra sobre un artículo de la *Enciclopedia*. Acababa de salir el séptimo tomo de esta obra, y encerraba entre otros el artículo *Ginebra*, redactado por d'Alembert. El autor, despues de vituperar á los Ginebreses por no consentir en su pais un teatro, descendia al artículo *religion*, y decia que los ministros, en esta ciudad, estaban bien distantes de pensar todos del mismo modo relativamente á ciertos artículos que se miran en otras partes como los de mas cuantia; que muchos no creian ya en la divinidad de Jesucristo; que confesaban los estravíos de Calvino, que el infierno les parecia una injuria hecha á la divinidad; por último, que muchos no tenian mas religion que un perfecto socinianismo, rechazando todo lo que se llama misterios... *El respeto á Jesucristo y á la Escritura*, decia, *es á caso lo único que distingue de un puro deismo el cristianismo de Ginebra*. Este artículo, donde habia empleado d'Alembert todos los artificios que le eran propios, encerraba todavía otros tiros, dirigidos mas bien contra la religion católica y sus ministros que contra los protestantes. Mas el maligno autor se habia lisonjeado escapar á la censura, previniendo que él era historiador y no controversista, y qué referir

no era aprobar. El artículo hizo ruido, y suscitó quejas. Los pastores de Ginebra pretendieron que no se les hacia justicia, y que se desnaturalizaba sus opiniones, representándolos como socinianos. Sin embargo, dábase ya por probado que en muchos pasages el protestantismo iba degenerando en un socinianismo verdadero. Esta grande mudanza, anunciada en otros dias por Bossuet, se iba realizando desde mucho tiempo. Ya confiesa Mosheim que desde el principio de la Reforma se habia echado de ver esta tendencia á las opiniones socinianas. Era esta tendencia tal, que desde 1616 la corte electoral de Sajonia se habia visto obligada á tomar medidas contra la propagacion de un error tan manifiestamente opuesto á la doctrina cristiana. En 1642 fué reconocido sociniano un ministro de Stuttgard. Walchius señala muchas obras dirigidas contra el socinianismo oculto de los protestantes de Alfort y de los menonitas de Frisa. Tambien han dejado traslucir una multitud de escritores su tendencia á este sistema. Stoltz, en una traduccion, y Griesbach, en la edicion del testo griego, han suprimido el célebre pasage de san Juan sobre los tres testigos, ese pasage tan decisivo para establecer la consustancialidad. Ya hemos visto qué estragos habian hecho en Inglaterra las opiniones de los unitarios. Habíanse acreditado allí tan bien como en Holanda; siendo igualmente sostenidos. Wetstein de Bâle fué acusado de haber favorecido el socinianismo en su nueva edicion del Nuevo Testamento

griego: refugióse en Holanda. Un escritor moderno ha reunido una infinidad de hechos que prueban hasta qué punto se habia propagado la misma opinion en el seno del protestantismo, de suerte que d'Alembert no habia hecho sino repetir un rumor público, anunciando que dominaba esta opinion en Ginebra. Sin embargo, los ministros de esta ciudad creyeron que no podian dejar pasar por alto esta acusacion. Reuniéronse los pastores y profesores de la Iglesia y de la academia de Ginebra, y redactaron una declaracion donde procuraban justificarse. Este escrito, fechado á 10 de febrero de 1758, decia en sustancia que ellos profesaban la doctrina contenida en la Escritura, única regla de la fe; que miraban el símbolo de los apóstoles como un compendio de la religion; que sus predicaciones anunciaban la obra de la redencion de Jesucristo; que ellos se esforzaban á preservar á su grey del veneno funesto de la incredulidad; que predicaban, no solamente la moral, sino tambien el dogma con las promesas de una felicidad eterna, y las amenazas de una condenacion eterna para los impíos é impenitentes; que admitian la revelacion como un socorro muy necesario; que no rechazaban todo lo que se llaman misterios; que reconocian á Jesucristo como el hijo de Dios, en quien ha residido corporalmente toda la plenitud de la divinidad, etc., etc. Esto era lo que habia de mas preciso en este documento, el cual no parece responder de una manera muy

perentoria á las acusaciones de los enciclopedistas. Estrañóse que los ministros de Ginebra no rechazasen con mas vigor la sospecha de socinianismo; que no especificasen los misterios que admitian, y que no dijese una palabra sobre el infierno y Jesucristo que no haya estado constantemente en boca de los socinianos. Concebida está su declaracion en términos vagos y generales, los cuales no hicieron sino confirmar los ruidos esparcidos á su cuenta. Háse dicho que cristianos bien firmes en su fe hubiesen hecho una profesion mas neta y positiva; que hubiesen declarado mas francamente lo que creian, sirviéndose de palabras que hubieran evitado todo equívoco. Declarando los ministros que ellos admitian las amenazas de una condenacion eterna, no decian si ellos creian que las penas del infierno lo fuesen, y el testo al cual se limitaban sobre la divinidad de Jesucristo, ya habia servido á los mismos arrianos, quienes pretendian esplicarle en su sistema. Así es que se hicieron comentarios sobre su declaracion, y se persuadió de mas á mas que no estaban muy distantes de las opiniones que no querian profesar. Creyóse que habia mas política que sinceridad en su escrito; y se estrañó que no hubiesen procurado despues acallar los rumores, que iban tomando cada dia mas consistencia, y que, aun cuando atacados en su fe, guardasen constantemente tan profundo silencio. Pero era que el mal ya habia encarnado entre ellos sus raices : el mismo Rousseau, su

compatriota, se burló muy bien de su encogimiento, de sus tergiversaciones, y de la oscuridad de sus respuestas. Vése por medio de algunas cartas de su correspondencia que muchos ministros de su tiempo no se hallaban muy fuertes en los mismos principios de la ley natural. Esta es la época, á poca diferencia, desde la cual data el nacimiento entre los protestantes de un sistema, que, bajo el nombre de *nueva esplicacion*, tiende á minar los fundamentos del cristianismo. Este sistema, que se asemeja mucho al de los *cristianos racionales* de Inglaterra, tiende á apagar la creencia, á derrocar la autoridad, y á ponerlo todo á discusion. Los partidarios de este sistema toman en Alemania el título de *neólogos*, y se burlan de los ortodoxos, esto es, de aquellos que permanecen adictos á los dogmas de su comunión. Tambien atacan los principios generales del cristianismo, los misterios, la eternidad de las penas, y no en nuestros libros sagrados sino escritos, mas ó menos justificados, y alegorías mas ó menos ingeniosas. La *Biblioteca de Nicolai*, empezada en Berlin por los años de 1766, se ha mirado como una de las obras en que mas se hayan esmerado á despreciar la religion, á desacreditar los libros simbólicos de los protestantes, y á favorecer el socinianismo. Este periódico ejercia en Alemania una especie de dictadura sobre las opiniones, y ha contribuido mucho á propagar la incredulidad. Ayudaba este espíritu el ejemplo del príncipe que estaba reinando á la sazón en Pru-

sia. Tomó la literatura protestante, un color deista, y los mas sabios de entre ellos no temieron contradecir los principios de su comunión, ni las bases de la religion cristiana, por medio de esplicaciones arbitrarias. Puede verse relativamente á esto un artículo sobre *el estudio reciente del protestantismo en Alemania y en el Norte* en las *Miscelaneas de filosofia, historia, moral y literatura* (imp. Le Clerc, en París, febrero 1811), tomo X, pág. 143. Este artículo encierra investigaciones curiosas, y presenta hechos poco conocidos. Está extractado de una obra bastante estraña por otra parte, la *Historia de las sectas religiosas*. París, 1810, 2 vol. en 8.

— El 3 de mayo, muerte de Benedicto XIV á la edad de ochenta y tres años. Este Papa ha dejado una memoria venerable. Su dulzura, su afabilidad, su amor por las letras, la proteccion que concedia á los sabios, sus grandes conocimientos, sus excelentes obras, la sabiduría de su gobierno, el espíritu de paz y de moderacion que mostró durante su pontificado, le han grangeado los elogios de los católicos y de los protestantes. Sin embargo, en medio de este concierto de alabanzas, la crítica se ha hecho oír. En el *Arte de verificar las datas* se le echan en cara algunas *preocupaciones*¹; lo que

¹ *Cronología de los Papas*, artículo de Benedicto XIV, tercera edición.

no significa otra cosa sino el que no tenia las preocupaciones del autor. En el *nuevo Diccionario histórico* se le atribuye *un proyecto de cuerpo de doctrina, en el que, dicen, se hubiera establecido la verdad, y condenado el error, sin tocar las opiniones de Bayo, de Jansenio y de Quesnel*. Pero un tal proyecto jamas ha sido concebido por Benedicto XIV. No podia caber en el espíritu de un Papa, y de un Papa tal como aquel, condenar el error, sin proscribir como erróneo lo que cien años hacia era mirado como tal por toda la Iglesia: así es que no se da prueba alguna de semejante idea, y cuanto ha hecho Benedicto XIV muestra su perfecta conformidad con sus predecesores sobre los objetos de las contestaciones que despedazaban la Iglesia. Nos contentaremos con citar aquí su decreto del 20 de noviembre de 1752, y su breve del 4 de marzo de 1755. En la primero condena una obra que tiene por título: *Apología de los juicios pronunciados por los tribunales seculares en Francia contra el cisma*¹, en el que queria probarse la injusticia de las denegaciones de los sacramentos, y la competencia de los jueces para conocer de ellas, y de la que el autor se hacia al mismo tiempo el campeón de la obstinacion de los apelantes y de las nuevas pretensiones de algunos parlamentos. El Papa prohíbe y condena su libro *como contenien-*

¹ La primera parte de esta obra tiene por autor el abate Mey, y la segunda Maulrot.

do aseeraciones falsas, temerarias, escandalosas, injuriosas á los Papas y á los obispos, contrarias á la jurisdiccion eclesiástica, trastornando la obediencia debida sinceramente por todos á la constitucion Unigenitus, favoreciendo el cisma, cismáticas y erróneas. De esta manera este pontífice ilustrado calificaba estas declamaciones tan comunes entonces en las que porciones indóciles del rebaño se esforzaban á envilecer la autoridad que habia proscribio sus errores, y á evitar el reproche de ser cismáticos, intentando esta absurda acusacion contra sus pastores. En el breve de 4 de marzo de 1755 dirigido á los obispos de Polonia habla de otra obra publicada bajo este título : *Principios sobre la esencia, distincion y limites de las dos potestades*, y que era del padre La Borde del Oratorio, apelante. El autor, conforme al uso de los suyos, deprimia en ella en estremo la autoridad que los habia condenado para elevar otro tanto aquella de quien esperaban mas apoyo, y su libro se habia traducido en polaco para propagar su doctrina en este pais. *Este impudente escritor*, dice Benedicto XIV en su breve, *acumula artificiosos sofismas, emplea con arte el lenguaje de la piedad y de la religion, trastorna muchos pasages de la Escritura y de los Padres para resucitar un sistema malo, pernicioso, reprobado de mucho tiempo á esta parte por la santa Sede, y condenado espresamente como herético*. El Papa lo proscribio aun de nuevo, y lo califica de *capcioso, falso, impío y herético*. Tenemos la vida

de Benedicto XIV; pero el autor¹, escritor superficial y poco seguro, no ha pintado á este pontífice, y da sus propias ideas por las del grande hombre á quien desfigura. Se busca reconocer á Benedicto XIV en esta obra, se espera ver recordar las producciones de este Papa; lo de escritor, de soberano, de Pontífice suministraban una amplia materia á un historiador juicioso; pero en lugar de detenerse en estos pormenores interesantes, su vida no nos ofrece sino pretendidas graciosidades, anécdotas sin autoridad, reflexiones vagas, nada en fin que pueda satisfacer á un lector ilustrado, y que corresponda al mérito de aquel á quien el autor tenia que pintar. Benedicto XIV, durante su pontificado de mas de diez y ocho años, creó sesenta y cuatro cardenales en siete promociones. La primera promocion del 9 de setiembre de 1743 fué de veinte y cuatro cardenales, entre los cuales se hallaba Juan Teodoro de Baviera, obispo de Lieja y de Freisingue, hermano del elector de Baviera, que fué emperador por algun tiempo con el nombre de Carlos VII. Eran todos los demas prelados de la corte de Roma, los cuales habian desempeñado en ella algunos destinos, ó habian sido enviados para las nunciaturas. El prelado Pallavicini, el cual debia de ser de esta promocion, rehusó constantemente el capelo. El dia 10 de abril de 1747, en otra promocion, llamada de las coronas, hizo el Papa

¹ Caraccioli.

once cardenales, dos de los cuales eran franceses, á saber, el cardenal de la Rochefoucauld y el cardenal de Rohan. Tambien nombró cardenal á Juan Francisco Albani, resobrino de Clemente XI, el cual fué con el tiempo decano del sagrado colegio, estando en posesion de este título cerca de veinte años. El mismo año, dió Benedicto XIV el capelo al príncipe Enrique Estuardo, duque de Yorck, el cual fué despues obispo de Frascati, donde tuvo en 1763 un sínodo diocesano, cuyos actos se imprimieron. En 1753 nombró este Papa diez y seis cardenales mas, y en 1756 hizo una nueva promocion de coronas, en la cual hubo tres cardenales franceses, á saber, los señores de Tavannes, de Luynes y de Gesvres. Entre los cardenales extranjeros, de la creacion de Benedicto XIV, no nombraremos mas que el cardenal de los Lances, grandelimosnero del rey de Cerdeña, prelado distinguido por su piedad; el cardenal Lucini, conocido por algunos escritos; el cardenal Crescenzi, muy piadoso; los cardenales Cavalchini, Lante y Archinto, cuyos talentos se encarecian; y sobre todo el cardenal Fortunato Tamburini, benedicto de Monte-Cassino, el cual vivió siempre como religioso, y honró la púrpura con sus conocimientos, su modestia y desinterés. Era sobrino de un general de los jesuitas, y asociaba á la instruccion teológica la piedad.

— El 6 de julio, el cardenal Rezzonico queda elegido Papa, y toma el nombre de Clemente XIII.

El conclave que se formó á la muerte de Benedicto XIV se abrió á 9 de mayo, y concluyó á 6 de julio. Componíanle solamente cuarenta y cuatro cardenales. El cardenal Archinto tuvo al principio veinte y tres votos, y parecia que lo estaban deseando las potencias; mas declinó gradualmente su partido, prevaleciendo el del cardenal Cavalchini, con la misma proporcion. El dia 27 de junio tuvo veinte y siete votos: iba á ser elegido cuando la Francia lo hizo escluir. No se da otra razon sino que era adicto á los jesuitas, y que habia votado en favor de la canonizacion de Bellarmin. Este paso del ministerio francés hizo grande ruido, sin que fuese generalmente aprobado. Podíase muy bien alejar al cardenal Cavalchini sin hacer tamaña publicidad. En cuanto á él, poco sensible se mostrara á un tratamiento tan duro, como poco merecido. El cardenal Passionei tuvo diez y ocho votos, *aun cuando*, dice un escritor á quien vamos á nombrar, *aun cuando su genio caprichoso le hiciese poco envidiable*. Otros muchos merecieron sucesivamente la candidatura. Tambien tenia sus partidarios el cardenal Spinelli; mas temiéndose ser escluido por la España, trajo al cardenal Rezzonico. Diez y ocho votos tuvo este el dia 5 de julio y en la *accession* se encontraron de improviso treinta y un votos en su favor. Esta eleccion de un cardenal veneciano sorprendió, en un momento de rompimiento entre la corte de Roma y la república de Venecia. La reputacion del nuevo Papa esplicaba

esta preferencia. Carlos Rezzonico, nacido en Venecia por los años de 1693, cardenal en 1737, y obispo de Padua en 1743, era digno por sus virtudes del elevado rango á que acababa de ascender. Los escritores menos favorables á los Papas le han tributado este homenaje. El abate Clemente, á quien cierto partido habia enviado á Roma para influir en la eleccion, con cuyo objeto se dió realmente aquel mucha traza para conseguir una eleccion util á su causa; el abate Clemente, poco amigo de alabar en general, ensalza sin embargo á Clemente XIII, y dice así: *En Padua Rezzonico era reputado santo, no dándole sino este nombre. Era un hombre ejemplar, el cual, con las inmensas rentas de su diócesis y patrimonio, se hallaba siempre reducido á la mayor pobreza á causa de sus limosnas, pues hasta daba su ropa blanca.... Cuando le propusieron su nombramiento dió muestras de la mayor oposicion, y no admitió sino despues de haber rehusado por mucho tiempo... No tenía mas dependencia de la sociedad que la inspirada por lo que él apreciaba la regularidad de su conducta y de su celo en favor de las funciones de su ministerio*¹. Todavía, dice el mismo escritor que cuando la primera apertura de su exaltacion, la sorpresa y el encogimiento agoviaron inmediatamente al buen cardenal. Denegacion, oposicion, calentura, gritos capaces de destruir el

¹ *Diario de un Viage y Correspondencias en Italia y España*, por Clemente. Paris, 1802, 3 vol.

plan que se habian propuesto, hé aquí lo que ofreció. No le pudieron calmar sino diciéndole que al cabo esto no era mas que una proposicion de la cual se podia desistir: segun él, la Iglesia estaba perdida, como se hallase confiada á unas manos tan poco capaces de gobernarla. ¿Y qué dirá todo el universo de semejante eleccion? Todo este ruido estuvo á pique de dar al traste con la empresa. Con esto, el nuevo Papa recibió desde el principio unánimes elogios. El mismo gacetero, hablando de la circular que Clemente XIII dirigió á los obispos para participarles su eleccion decia: que *este buen Papa habla en ella con la abundancia de un corazón verdaderamente penetrado. Los buenos ciudadanos, dice el conde de Albon (Discurso sobre la Historia, t. II, pág. 235), no pueden sin una tierna emocion pronunciar el nombre de Clemente XIII. Era en realidad el padre del pueblo; nada deseaba mas en el alma que hacerle feliz, y trabajaba con celo para el efecto. En fin, el mismo Lalande, filósofo, en su Viage de Italia, añade á estos elogios lo que sigue: Clemente XIII tiene costumbres irreprehensibles, ofrece una piedad edificante y una inalterable dulzura. Los males de la Iglesia le están arrancando lágrimas. Admiro su celo, su vigilancia, su moderacion, hasta cuando habla de aquellos mismos que merece menos sus consideraciones. De esta manera juzgaban á Clemente XIII hombres á quienes no se puede acusar de lisongeros. Bueno será que no olvidemos estos juicios, cuando veamos á este pon-*